

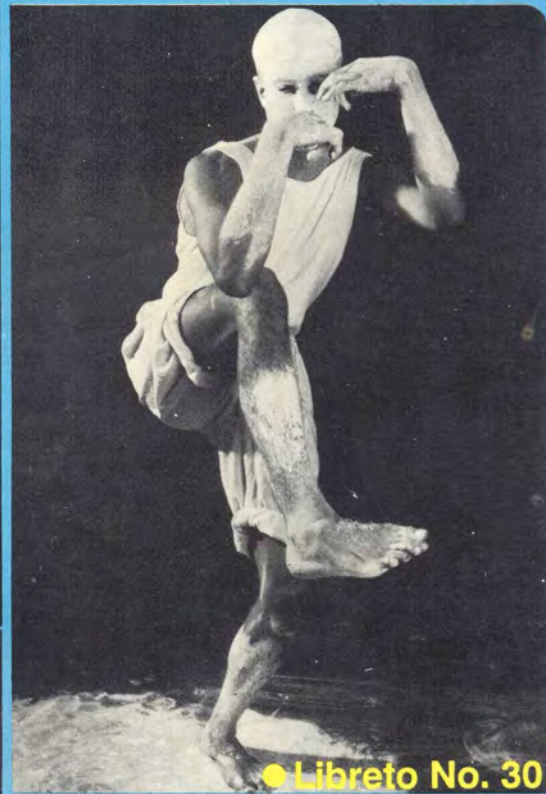
tablas

revista de artes escénicas No. 2/1993

● **E L T A O . . .**
Antunes Filho en La Habana



● **LA NIÑITA QUERIDA:**
acto de creación



● **Libreto No. 30**

LA GLORIA ERES TU
de Alexis Oliva



LA DANZA EN ESCENA
Retazos - Acción Colectiva - I Fest. Int. Folklore

tablas

Libreto
No.30

LA GLORIA ERES TU

Premio TABLAS a Texto dramático en el VI Festival Nacional del Monólogo



monólogo original de ALEXIS OLIVA

ALEXIS OLIVA ROCHE. (Ciudad de La Habana, 1960). Licenciado en Artes Escénicas, labora, en calidad de asesor dramático, dentro de la emisora Radio Progreso. Su obra teatral ha merecido los Premios 13 de Marzo 1989, Rolando Ferrer 1989, Segismundo 1993, Unión de Periodistas de Cuba 1993 y Revista TABLAS 1993. Asimismo, dentro de la radio y la televisión cubanas, ha obtenido los premios Caracol 1990 y III Encuentro Nacional de VIDEO 1990. Actualmente, en calidad de guionista y director televisivo, produce una serie, a propósito de la música popular cubana, rodada en los Estados Unidos Mexicanos.

Personajes:

EL ANGEL
EL DEMONIO

NOTAS PRELIMINARES

- 1.- El escenario debe recordar la gravedad de un altar que, a consecuencia de los desvaríos de la protagonista, consigue transformarse en un cabaret, ocasionalmente. A la postre, sin embargo, se sugiere fundir estas atmósferas, con la intención de que el clímax y el desenlace de la historia se verifiquen dentro de un halo epopéyico -sublime y cotidiano, a la vez-, congruente con los padecimientos que atraviesan las dos criaturas que incluye la protagonista.
- 2.- La protagonista transita entre la filosófica apariencia de un ángel y la irrespetuosa calidad de un demonio. En realidad, el ángel, tras su patriótica defensa de los vilipendiados, esconde la lujuria y otras miserias de los "iluminados"; el demonio, sin embargo, debajo de su hiriente desparpajo, oculta a una muchacha casadera, desprovista de coraje para tolerar el peso de un amor extraordinario. De tal manera, entonces, el relato aparece contado a dos voces: una, retórica, altisonante y falsa; otra, pueblerina, desgarrada y auténtica. Al cabo, como sucede con los espacios dramáticos, ya citados, los tonos se cruzan, cada quien asume su cuerda definitiva y la protagonista acaba, desde su provinciano epílogo, cantándole a la gloria romántica de América.
- 3.- El vestuario de la protagonista se reduce, fundamentalmente, a una túnica y otros velos -que recorren la gama que va del blanco al negro-, a fin de conseguir un atavío propio de un ángel o un demonio.
- 4.- La utilería queda determinada por las exigencias propias de la historia, a discreción del montaje.
- 5.- El matiz de la iluminación aparece registrado dentro de la semipenumbra -textura que emparenta los claustros con las salas de fiestas-. Claro que la escena es susceptible de ser tocada por luces de otra naturaleza, siempre que el instante dramático lo reclame.
- 6.- La banda sonora -que incluye efectos y temas musicales, propios, en su mayoría, del compositor cubano José Antonio Méndez- es, sobre todo, un recurso de enlace, entre la demagógica verborrea del ángel, y el pedestre discurso del demonio. Entonces, todo panorama sonoro aparece y se pierde, de modo misterioso, con la intención de hacer imprecisa la línea que separa a estas criaturas y acentuar el aire delirante y fantasmagórico que resume el relato de la protagonista.

A la memoria de José Antonio Méndez, a pesar del silencio...

EL ANGEL: (*Con poderosa solemnidad.*)

Cada quinientos años, la farsa se repite con la misma inocencia de la ocasión primera, y retornan los dioses y se anuncia el convite de los viejos delirios, al pie de algún altar; cada quinientos años, el mundo está de vuelta, sin otra cicatriz que la de su memoria; memoria primitiva, negligente memoria, transculturada y frágil, ipero despierta!, al fin. Debe ser que el planeta, a pesar de su hastío, todavía se resiste a exhumar la esperanza, y todo es un recuento largo, cual una herida, que hipoteca el instante de descansar, en paz...

EL DEMONIO: (*Con rabia visceral, increpa, a toda voz.*) ¡Putá que te parió, carajooo...!

EL ANGEL: (*Con afectada ternura.*) Y es que la voz demanda, cuando menos lo esperas, de tanta pesadilla que reclama existir y, entonces, corren noches que rozan el suicidio y, no por accidente, alguien muere de amor... ¡Ni siquiera se trata de que sea la nostalgia el último recurso de la fatalidad! Difícil es sumarse, de nuevo, a la batalla después que el enemigo se aburrió de vencer; difícil es bordar un sudario de novia, mientras expira el siglo y no duele el dolor...

EL DEMONIO: (*Con pueblerino desenfado.*)

Otra vez, lo repito: precisas de un agarre por delante o detrás. ¡El juego es no caerte! ¿Tampoco así te alivias...? ¡No hagas una locura! Disimula el volumen de tu subdesarrollo... ¿Que te da igual...? Lo sé, pero hablamos de imagen; las dudas que nos crecen, por dentro, ...un aplauso inusual, ...la ciudad... ¡Qué cansancio! Y el frenazo, ahí, cual una melodía... (*Luego de respirar hondo.*) ¿Doce de la noche en la barra y no se oye un arpegio? ¡Doce de la noche en La Habana y no se oye un arpegio! ¿Comprendes ahora, King? 10 de junio... Un día irreverente; sobre todo, en las crónicas de los desamparados. Si no, fijate en mí: ¡del asco,

ni blasfemo!, ¿y habré tenido más razones para el odio?

(*Bufonesco, declama.*)

Llamaban a sifarra
las notas de guitarra,
cuando todo calló,
y tronó su palabra:
- ¿De qué sirve el jolgorio
del día de San Antonio,
si la moral impone
cuarentena a los novios?

(*Absorto, concluye.*)

Si la moral impone
cuarentena a los novios,
¿de qué sirve el jolgorio
del día de San Antonio?
Llamaban a sifarra
las notas de guitarra,
cuando todo calló
y, entonces, gemió el alma...

EL ANGEL: (*Profetiza, al margen de las liandades terrenales.*) ¡Bien aventurados, aquellos, los románticos, porque pueden mostrarse en toda su indulgencia, porque -a pesar del frío, la lluvia y la inconstancia- desfilarán, semejantes a corderos! ¡Bienaventurados, aquellos, los insulsos, que no suponen la fuerza del argumento, sin derivar que una tribuna es la medida que separa, a los idiotas, del poder! (*Con aparente tono conciliador, expresa, ahora.*) Mas, cesará el quebranto, audaces quimeras, pues enojosa broma es afirmar el corazón en las zonas de magia; porque si soñáremos, deliberadamente, luego de recibir la cuota de rigor, no quedará, ya, sacrificio que redima el pecado, y no habrá otra misión que la de condenarnos a la mano... de El...

EL DEMONIO. (*Volviendo en sí, reprende.*)
Tranquila, ¿bien? ¡La acción de la lujuria

ruboriza a los muertos, y nada valen las cosquillas, sin varón! (**Desentendido, concluye.**) De manera que, Cenicienta, tú, a lo tuyo... (**Sin embargo, tocado por íntima sacudida, murmura.**) ¡error, pensar qué poco cuesta dar un paso! ¡Esta casa, que fue la Providencia, ya no lo será más, y hay que aprender a abrirle espacio a la basura! Ay, los hombres que lastiman... (**Luego de pausa, cae en cuenta, y expresa.**) Por cierto, King, ¿ya te conté que ayer me asomé por el barrio? ¡Igualito! Igualito... ¡Cubierto de tarecos hasta el mástil, pero él, ahí, como la hiedra! (**Sumiéndose, lentamente, en sus trastornos.**) La única diferencia son los pinos; cada vez, menos, y tan flacos, no hay quien transite la avenida, a mediodía... Pero así y todo, entré y, casi, pude; digo casi porque, apurando el paso, no sé cómo fui a dar a un solarcito yermo y... (**Franca mente conmovido, prosigue.**) Grabado, sobre piedra ya deslucida por la gestión del tiempo, aún, conseguí leer: NUESTRA SEÑORA. CATECISMO, BALLE Y CORTE Y COSTURA -además de la asfixia-. (**Alucinado, susurra.**) ¡Qué sobresalto, King! Fue como si, de pronto, anulasen mis piernas, y la necesidad de clavarme en el suelo se llevó lo demás... (**Entre ofendido y asustado, exclama.**) ¡Todos mis años lanzados a la cara por culpa de un letrero que rebasó el olvido! (**Indefenso, ahora, acelera el relato.**) Yo escuchaba a la gente que, a falta de otro asunto, murmuraba al cruzar: "Mira a esa tipa, tú... ¡Con El Indio en su punto, y recordando...!" (**Desfallecido y, en un postrer esfuerzo, apunta.**) Pero nada... ¡Y todo!, que, con lo triste que estoy, y haciendo de payaso, mejor me arrolla un tren... (**De golpe, abandona su abstracción.**) Y desperté, o lo que es lo mismo, me fui hacia allá, donde la plebe suele ser tolerante y un pobre perro puede tenderse al sol, así sea de hambre... NUESTRA SEÑORA: ¡FUNDACION ESPAÑOLA AL SERVICIO DEL HOMBRE Y LAS NUEVAS CULTURAS! Qué disparate, King... Si la tomo con ella, no paro, hasta gritar: ¡Ve a chingar a tu madre...! Porque, a pesar del tiempo y las normas debidas, sigue siendo, a mi juicio, la misma hija de puta que no te abrió sus puertas para que te sentaras, entre los niños "high", porque iba y se les pega! ¡Fascista! Sabrá Dios si por eso nunca pude rezar, sin acordarme de ella, y de ti, que pasabas con tu

música al hombro, resignado a perder... (**Con evidente sorna, murmura.**) Pero ya estaba escrito que yo no sería santa, amén de las celadas que nos tiende el pudor y, en mis horas de insomnio, detrás del ventanal, ... ¡me encomendé a la gloria loca del cabaret!... (**Entonces, sin previo acuerdo, improvisa un show que, al cabo, liquida sus dudosas fuerzas; y admite, sofocado.**) Desafino en el MI, porque no soy muy alta... (**Más, de inmediato, agrade.**) ¡Pero el resto es pasión, postmodernistas! Salir de escena, sin que a nadie le importe, ¿no es eso demasiado, King? ¡Al final de la cuerda, estamos secos! (**Con aire de quien responde a supuesta sugerencia.**) ¿El Atlántico...? ¡Después de los 500, ya está contaminado! Repara, nada más... ¡Qué taquilla! Ni cuando el Siglo de Oro... ¡Pero no te me aflijas! De cualquier modo, tú cantaste, cual un ángel... Si el requisito de costumbre es padecer, ¡ya somos dos!, frente al mundo o al infierno. Así que ... ¡olé! (**Bajo cuerda, admite, sin embargo.**) No deja de joderme, claro, que cientos de tarados confundan la poesía con la pornografía; aunque, de todas formas, el pánico es idéntico: ¡o te entregas a ellos o te quedas, contigo!, y hay días tan prolongados...

AL ANGEL: (**Grave, expresa, con aire de profeta.**) Sorpresa, materia original, que acechas los caminos de los seres humanos... Sorpresa, dimensión que incluye liviandad, desencanto y pavor, en los que ya sufrimos, ... ¡otra vez, no, Sorpresa!... (**Acongojado, acepta.**) Pero siempre es tan tarde... Precisamente ahora, que las calles de Varsovia mudan de nombre, bajo el signo de otro pacto; en este instante de albañiles satisfechos de hacer saltar el paredón de los demonios; cuando la Tierra no resiste, ya, milagros, (**Alarmado, apunta.**) Sorpresa: América celebra su presencia en la historia... ¡América, de fiesta, como si el genocidio fuese dulce criatura, que arriba a su onomástico!

EL DEMONIO: (**Entre sobresaltado y dudoso.**) ¿Carabelas dijiste, King...? Pregunto porque, a veces, me miro en el espejo y, éste, nunca responde; quizás, por compasión... (**Resignado, a su pesar.**) ¡Cenicienta, Cenicienta, para aliviar tus males, olvídate del príncipe! Corren los días en que un

verso es paranoia y, la nobleza, un decadente distintivo... (*Airado, vocifera.*) ¡El, entró, disfrutó y, de las bodas, já! Cosechar la belleza fue siempre un atentado contra los estatutos del poder oficial, así que dale vuelta a la página amarga, y piensa que eso ocurre solamente una vez... ¡Porque se necesita ser ladino -mucho peor, tunante- para desenfrenar a una novicia, cañonearnos El Golfo y, todavía, solicitar, de parte nuestra, un madrigal! (*Abatido, reconoce.*) Jamás se tiene la exclusiva del ridículo, y es que en eso de jugarse la cabeza, América es genial; no todo es primitivo. (*Orgullosa, argumenta.*) Por ejemplo: figúrate batiarte con la peste, sin otro aliado que las ganas de vivir: comúnmente, nos vence, pero, en el camposanto, te abrigará el perfume de sor Juana, juglar... (*Extasiado, argumenta, ahora.*) Y hablando de canción desesperada, figúrate cantar para un "lleno" de estadio... Los sonidos se enredan, clamando por Amanda y, de golpe, el verdugo guillotina tus manos... (*Grita, en el colmo de sus figuraciones.*) ¡Eso es ternura, King!, y lo demás, morcilla... (*Delirante, aún, hace una pausa, cae en cuenta y exclama, con segunda intención.*) De súbito, adivina la verdadera causa que te impidió cruzar las puertas del convento... ¡Así que fue el "volumen", caramba, y no otra cosa, lo que a Nuestra Señora le asustaba, también! Qué maravilla... Y ella estaba en lo cierto... ¡Con la abstinencia que reinaba en la morada, y la profunda longitud de tu figura, ni los soldados detenían la rebelión! (*Ahora, la transición es disfrutada.*) Pero ocurrió... Dos segundos, después de interpretar el salmo -un sábado de gloria, ¿recuerdas, trovador?-, me despedí de los ayunos matutinos, salté las verjas del convento y, de tu brazo, me convertí en tu esposa... (*Carraspea y apunta, de mal humor.*) Rectifico: en tu sombra; porque, por más que te embullé para el estreno...

EL ANGEL: (*Entre mordaz y sentencioso, susurra.*) La única garantía de los enamorados es la esperanza, pero nada resuelve; y es preciso salvarse para que La Conquista se reparta, entre todos, al menos, esta vez. (*Patriótico, declama.*) No se descubre un mundo para que languidezca, sin ofrecerle, apenas, una oportunidad: ¡la de morir, cantando su propia desventura!, ...y, así, sigue

la misa de los hijos de El Sol, ...y, así, sigue la misa de los hijos del El Sol, ...

EL DEMONIO: (*Remeda, burlón.*) ...y, así, sigue la misa de los hijos de El Sol, ...y, así, sigue la misa de los hijos de El Sol... (*Extenuado, concluye.*) ¿Adónde iremos, King? ¡Abandonada, ante el altar, por un lunático -repleto de bemoles, que no le cabían más-, sujeta, sigo, a mi suerte de virgen, sin saber que los huevos se me quemaron ya! ¿Y qué se le va a hacer, si los vientos no ayudan? Y, otra vez, como entonces, el vigía grita: ¡ingenuaaa...! (*Desilusionado, admite, a su pesar.*) Tenía razón Cortés: el problema de España es su pésima fama; catequizar, con el garrote, a Trucutú... De los nativos nunca esperes villancicos. ¡Todo el donaire ha de importarse de Madrid! (*Despectivo, se mofa.*) Y, todavía, celebran, como si la congoja no fuese un almacén, donde caben los indios, después, los africanos, y sobran lugarcitos, dentro del ataúd... (*Ebrio, de rabia, apunta.*) ¡Quién sabe si la amnesia -siempre tan democrática-, además de ser trágica, sea el remedio ideal! Petróleo no tenemos; casabe, mucho menos; así que ni te acuerdes de ese toro escapa'o... (*Desmadejado, musita.*) Debe ser que El Caribe festeja, como puede, el V Centenario de la mediocridad, con tal de que la luna de miel siga brillando, aunque nos cueste un dólar, que es dinero vital. ¿Adónde iremos, King? Es tan triste la orquesta que, mejor, me emborracho...

EL ANGEL: (*Indignado, exhorta.*) ¡América! América...: algún día, los destinos de las transnacionales dependerán del rumbo que les fije un peón, y ningún almirante va a robarnos el crédito, porque ya fue creado el derecho autoral... Tendrán sus vacaciones esos desempleados que cumplieron la pena de no hallar un trabajo -porque no lo buscaron o porque la comparsa terminó, amaneciendo y, mañana, veremos-. Los más afortunados serán esos burócratas que, detrás del despacho, mantienen un harén... ¡El mismo, para todos, inaugurando un rito donde el sabor resulte la única propiedad!

EL DEMONIO: (*Con evidente extrañeza.*) ¿También, tú, escuchas voces, King? Un interlocutor neurótico y pedante, que inte-

rumpe, a disgusto, los chismes de los dos... Al principio, creí que provenían de un ángel, vagamente informado de cuanto aquí se habla; pero ya estoy dudando del ángel y, ahora, pienso que se parece al diablo, con su tenue fastidio. ¿O seré yo, juglar? (**Receloso, admite.**) ¡Es tan fácil mentir y apuntarle a los otros las deudas personales...! (**Para disimular su alarma, expresa.**) En resumen, ¿ya te conté que ayer me asomé por el barrio? Ah... ¡"Cemento, ladrillo y arena", para seguir igual! Si no, contéplate a ti mismo que le sacaste brillo a La Loma del Mazo, a ver si aparecía un par de yerros con que hacer la merienda, y nunca llovizó... ¡Sí, ya sé que las musas ayudan, pero con eso no bastaba para México, ni siquiera en tercera! Te salvó el beneficio; de lo contrario, vueltas y vueltas... ¡Qué coincidencia, King! Todo es una ruleta... ¡Nada más hizo falta que mudases de aire para que las monedas de apiadasen de ti! (**Grave, acepta.**) Parece que los éxitos de todos los románticos siempre dependerán de las velas de un barco, porque talento ya no sirve para nada. (**Irónico, recuerda.**) ¿Los periodistas...? Sí, luego de tu regreso; todo el vano oropel con que la capital saluda a los que triunfan, después de las mordidas; (**con infinita ternura.**) y yo buscando solamente un instante para decirte, abierta: "...me faltaba paz, me faltaba amor, me faltabas tú..."

EL ANGEL: (Frenético, arremete.) ¿Te han dicho, alguna vez, que el crimen es idéntico, del origen a acá?, sólo que va de tiendas y, de retorno, exhibe máscaras renovadas, propias de la ocasión...

EL DEMONIO: (Hastiado, murmura.) ¿Pudiste oírla, King? ¡El peor de los piratas vuelve a hacer de las tuyas y, aún, no te reconoczo, Satanás tropical! (**Tembloroso, musita.**) ¿O es la voz del pasado y del miedo a encontrarnos desnudos...? ¡Todo es una ruleta! Y tú sigues dormido, ajeno a los rigores que impone la verdad, mientras yo busco a un héroe que me libre, icarajo! de este horrible martirio, que es la simulación... (**Agobiado, expresa.**) Mas, la calma... ¡Esta calma...!

EL ANGEL: (Severo, se reporta, otra vez.) No es tan largo el descanso, fatigada criatura...

¡Toda época establece su propia insuficiencia y la misión de un reino es conjurar el mal! De modo que ya viene el juicio de los muertos para que nada escape a la crucifixión... (**Y remata, lapidario, su agorero discurso.**) ¡Voy tras tus pasos!

EL DEMONIO: (Horrorizado, grita, en su afán de detener el ajuste de cuentas.) ¡Nooo...!

EL ANGEL: (Implacable, juzga.) Será la madrugada tu eterna sepultura, y cruzarás, dolida, sin percibir la luz...

EL DEMONIO: (Exclama, en su estéril fuga.) ¡Quítate!

EL ANGEL: (Tajante, prosigue.) ¡No habrá, por más que implores, una mano tendida, que aparte, del colapso, tu habitual necesidad!

EL DEMONIO: (En su huida, vocífera.) ¡Déjame!

EL ANGEL: (Inexorable, continúa.) Ningún tercermundista es tan fuerte, que pueda evitar los estragos de la melancolía...

EL DEMONIO: (Esgrime, en su defensa.) ¡Ya pesan mis cadenas!

EL ANGEL: (Cruel, añade.) Pero no demasiado...

EL DEMONIO: (Inquiere, sofocado.) ¿Qué más quieres, entonces?

EL ANGEL: (Sentencia, de una vez.) Hundirte en ese mar de los negros recuerdos hasta que el infinito resbale; sobre ti...

EL DEMONIO: (Estremecido, suplica.) ¡El mar es una jaula, disfrazada, y yo anhele el reposo!

EL ANGEL: (Inescrutable, expresa.) ¡Consumado está!

EL DEMONIO: (Entonces, con la suicida fortaleza de los condenados, pasa a la ofensiva.) Todavía no... (**Y continúa, sonriendo lastimosamente.**) Si he de morir, presa de tus designios, al menos, debo saber quién eres.

EL ANGEL: (*Ladino, advierte.*) No prolongues la suma de todos tus errores...

EL DEMONIO: (*Implacable, reta.*) ¡Quién eres, o vacilas, después de tu retórica, frágil como la imagen de los viejos patriarcas!

EL ANGEL: (*Compasivo, se presenta, al fin.*) Soy tu doble, infeliz, porque soy tu cordura.

EL DEMONIO: (*Apiadado, refuta.*) No... ¡La vileza jamás estuvo asociada en el principio, a la razón!

EL ANGEL: (*Aterrorizado, grita.*) ¡Deliras!

EL DEMONIO: (*Con simpleza letal, argumenta.*) No; debajo de tus aires libertarios, tras la aparente dignidad de tus ofensas, se esconde, sólo, un alma, ausente de coraje para pagar el precio de un amor inusual...

EL ANGEL: (*Sacudido, clama.*) ¡Cállate!

EL DEMONIO: (*Sin poder evitarlo, expresa.*) Y sí, estamos unidas por una misma fecha y un íntimo rencor... ¡10 de junio!

EL ANGEL: (*Apenas perceptible, recuerda.*) 10 de junio... (*Y, de inmediato, arrepentido, grita.*) ¡Mentira!

EL DEMONIO: (*Pesaroso, acepta.*) Es inútil, tragedia... Tú lo dijiste, antes: por más que el tiempo corra, siempre habrá un texto que no fue pronunciado y un ademán que no alcanzó a nacer. Tú lo dijiste, antes, tragedia: marchamos, tan unidas, que el delito es el mismo; sólo que yo me aturdo, mientras tú lo disfrutas. (*Entonces, proclama, frenético.*) ¡Y, de una vez, hoy va a saberse la verdad!

EL ANGEL: (*Desplomándose, alcanza a gritar.*) ¡Nooo...!

EL DEMONIO: (*Con acento muy tierno, va hacia atrás, en sus recuerdos.*) Aquella tarde, La Habana era inocente... Oloroso a jazmín, a pesar de su altura, el astro rey demoraba su tránsito, sólo para brindar a la salud de aquellos que poco pretendían, y todo imaginaron, mientras la primavera suspiraba, de azul. (*Suspira, hondo, y continúa.*) La radio había anunciado un viento

maromero que, lejos de estorbar, despejó los vitrales, y el itin tan! de campanas repicaba, tan claro, que la rumba del barrio, sin enojos, calló... (*Ruborizado, expresa.*) Ella estaba alarmada, porque el traje cortado no parecía de novia, y había costado mucho; no tanto como el velo, porque lo había tejido, a la luz de una estrella, de nombre Castidad. (*Luego de transición, refiere.*) ¿El...? ¡Estaba asustado, después de sus alardes de galán seductor! Y casi no atinaba a elegir la bufanda, la corbata o el lazo, aunque fuesen las bodas del calor y la sed... (*Travieso, apunta.*) Pero no había cuidado... ¡Todo estaba previsto! Los toneles del barrio se encontraban a punto de bañar, de cerveza, las mansiones sagradas, los bufetes gastados, con su cordial aroma de pueblo en Nochebuena... (*Entusiasmado, relata.*) Para no complicar un trámite tan simple como dormir, ¡al fin!, junto a él y su guitarra, ella había designado, en misión de padrinos, a dos pinos enormes, vestidos de retoños, pensando en la madera de su lecho nupcial. (*Y apunta, malicioso.*) ¡Que, luego, no hay excusas ni perdón! (*Delirante, exclama.*) ¡Y sonaron las cinco! (*Y, entonces, susurra, agitado.*)

Reloj, que todo comienzas,
desde aquí o desde allá,
resérvate la tristeza
y procúrame la paz.
¡Que la noche de mi ofrenda
sea un milagro, sin edad,
milagro que, en su bautismo,
borde, de tul, la ciudad!
Reloj, que todo comienzas,
desde aquí o desde allá,
despósame con nobleza
y bendice mi ritual.

(*Grave, con acento desconocido, repite.*) Y sonaron las cinco... (*Atenazado, por íntima herida, expresa.*) ¡Sí, alguna vez, la vida cupo, entre nuestros pasos, yo tuve el privilegio de contarlos! Uno, capaz de rebasar la escalinata de la iglesia; dos, útil para cruzar el umbral del salón y verle, ahí, bañado por los humos del incienso... (*Con temblor manifiesto, hace una pausa y cobra aliento.*) Vuelto de espaldas, confiado en la promesa del amor, estaba él, a la escasa distancia del paso que no di, porque... porque (*y exclama, fuera de sí*)

...ieché a correr...! (*Bajo el peso de su confesión, todos los resortes se desatan, y cuenta.*) Corrí con la violencia de los tontos; corrí, sin previo acuerdo, hacia el abismo; corrí porque se vive, tan de prisa, que mi felicidad desbordó todo cálculo... (*Estremecido, apenas se detiene, y exclama.*) ¡No fuiste tú, amor, quien faltó al compromiso! ¡Aquella tarde, La Habana era inocente! ¡Fui sólo yo, o el doble que escondemos, quien traicionó la fe de todos los amantes!

(*Desgarrado, el deterioro es evidente, cuando expresa.*) No sé dónde fui a dar, ni quién me brindó asilo... ¡Los bastardos tenemos más de un progenitor! Y, por toda respuesta, yo callaba y pensaba que un paso cambia el curso de la tranquilidad... (*Luego de larga pausa, susurra.*) Después, supe, en los diarios, que se apagó la estrella, como acaba un bolero que nadie ha de decir, y compré su guitarra, vendida en la subasta donde acuden los perros, a mendigar un sitio... ¡El rincón que ahora tengo, desde donde te grito que no valió la pena apartarme de ti!, porque hay riesgos enormes, pero ninguno amargo como la pesadilla que trae la soledad... Nada más. (*Receloso, vuelve a la carga.*) Y, por si falta algo, en nuestra última cena, distinta a la soñada, pero igual de importancia, me descubro hasta el fondo: no escapé por el gusto que inspira la perfidia; ni siquiera conté el color de tu piel... ¡Si no acudí a la cita, fue porque tu ternura superaba, con ganas, todo mi corazón! (*De un tirón, cierra el penoso capítulo.*) Ahora, estamos en paz, y el tiempo sabe que me sobran las heridas... (*Cae, entonces, en un letargo vasto y, a la postre, musita.*) No conozco un suceso que haya durado tanto, King, pero era necesario. ¡Nada de voces, mientras tú y yo charlamos, que siempre hay alguien empeñado en joder! Por lo demás, ni te ocupes de mí... Con los años, se aprende a respirar profundo, a pesar de los daños que nos traiga el smog. (*Abatido, comenta.*) Algún día, se sabrá -cuando la suerte de esta tierra se escriba- que, detrás de cada gran caudillo, sólo hubo un alma que no tuvo coraje para vestir de blanco y llegar al altar. (*Calla y, al cabo, expresa.*) Esta es la historia, mi historia, ...la única historia... ¡Lo demás es cuento de camino que la gente

se inventa para escapar de sí, aunque jamás lo logre! Y ya casi amanece, ¿eh, King? (*Provisto de segunda intención, apunta.*) La luz del alba jubila a los fantasmas trasnochados, y no hay que dar lugar a un epílogo incierto, ahora, cuando sabemos que se acerca el final... ¿O me equivoco? (*Con pretendida ironía, en su afán de transmitir sosiego.*) Cuando nos conocimos, terminó el imposible y saltamos las verjas -itú, delante!, yo, atrás-, de modo que, esta noche no me queda otro asunto que seguirte, de nuevo; y, esta vez, sin opción... (*Con aire de quien responde a supuesta súplica.*) ¿Es que no te das cuenta que yo te quiero tanto, que nada en esta vida me importa demasiado? Excepto, la nostalgia de las playas de América, salpicadas de sangre, en nombre de la cruz... (*Ahora, invita, siniestro.*) Porque tú no no harías, ¿eh, King? (*Y expresa, luego de transición, definitivamente convencido.*) ¡Siempre habrá un pico blanco, coronando el sendero, para no hacer inútil la ocasión de vivir! Quien lo elude, se salva de presentar el rostro; quien lo enfrente, sabrá cuánto cuesta La Voz... (*Desafiante, en su patético clímax, exclama.*) Hubo, una vez, un hombre que le cantó a los buenos, a pesar de sí mismo, y gritó: "¡Soy feliz!..." Pero los cuerpos santos no entienden de leyendas, y prefieren hincarse, al placer de volar. (*Absorto y desgarrado, concluye.*) Porque habría que vencer el miedo de los siglos para arrojar del templo a los traidores, King; y es que habría que asomarse a la misma agonía, y padecer la gloria de morirse de amor...

Entonces, de un tirón extrae una pistola -todo el tiempo, guardada, bajo los pliegues de su túnica-, se la lleva a la sien y se dispara un balazo interminable, deseado y atroz. Durante su caída, los estertores de la protagonista alcanzan a fulminar al Angel y al Demonio, de una vez, mientras el apagón se cierne, sobre escena. Justamente cuando la última luz desaparece, la voz de José Antonio Méndez rompe a cantar, y deja escuchar la pieza que ofrece título a la historia...

FIN